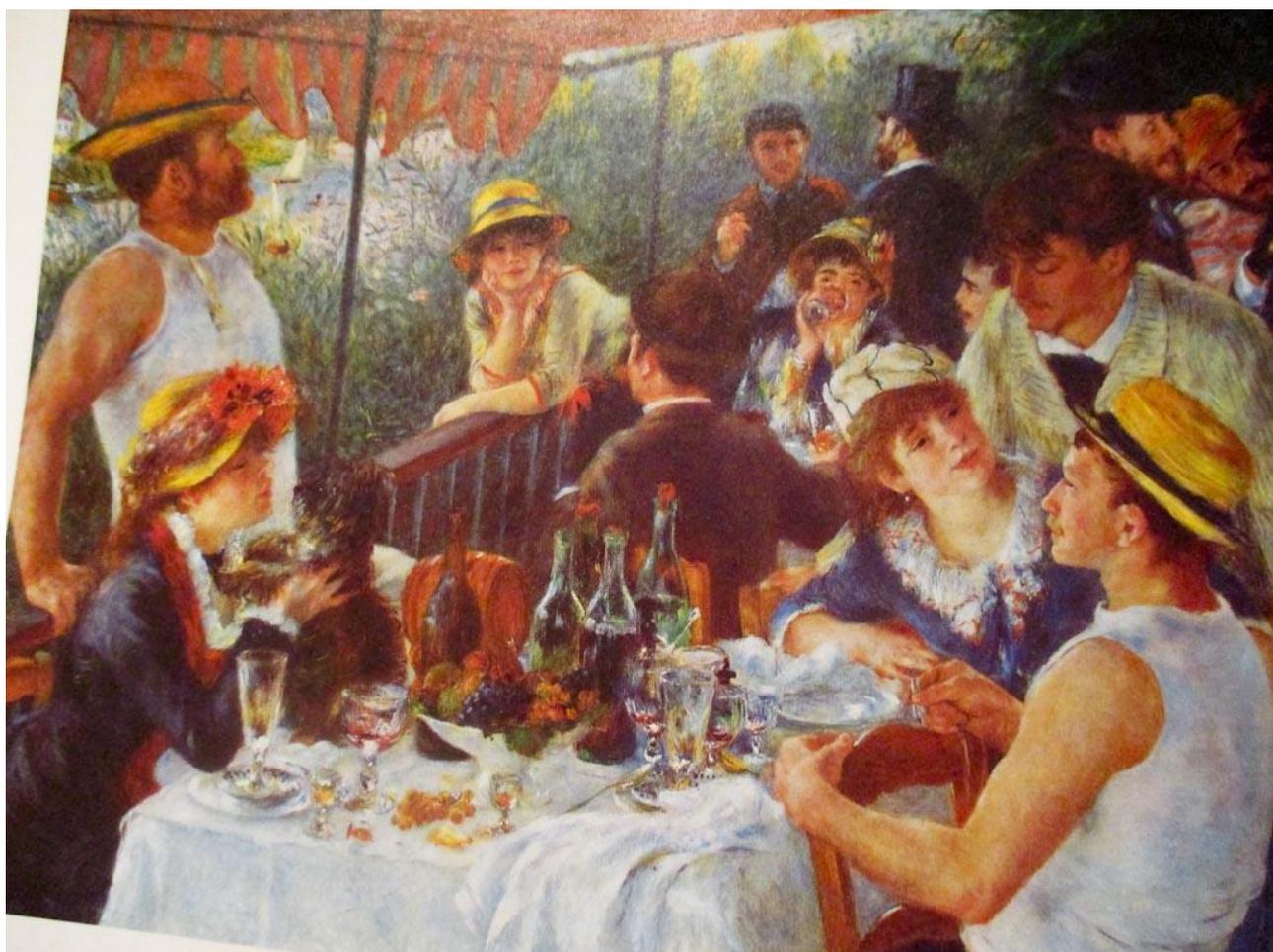


El almuerzo de los remeros (1881)



Pocos cuadros reflejan, en toda la historia de la pintura, un ambiente tan grato y relajado, tan fresco y encantador, como este ***Almuerzo en el río*** que Renoir pintó en 1881.

El cuadro transmite vida porque es real y sincero: Renoir llevó al lienzo un entorno y unos momentos muy queridos para él, en la terraza del célebre restaurante Fournaise, de la isla de Chatou, en el río Sena, donde iba con frecuencia a compartir con sus amigos la comida y donde sin duda eran felices.

Tanto que un día les convenció para que posaran para él, y aquí están todos perfectamente identificables, mientras Fournaise, el dueño del restaurante, los contempla apoyado en la barandilla, siendo precisamente su relajada actitud, con su blanca camiseta y su sombrero amarillo, la que más trasmite al cuadro su sensación de reposo y naturalidad, igual que la informal y desordenada mesa, perfecto bodegón de naturalezas muertas que, por sí sólo, habla de la pericia del pintor,

La encantadora muchacha de florido sombrero que, ajena a todo, presta su cariñosa atención a un perrito, es Aline Charigot, la costurera novia de Renoir, con la que se casó un año después de terminar el cuadro, y con la que fue muy feliz. La muchacha que se ve al fondo, sorprendida mientras bebe un vaso de agua, es Angéle, modelo favorita del pintor, al igual que la otra joven, la actriz Ellen André que, a nuestra derecha, escucha a dos de sus amigos, Gustave Caillebotte gran pintor y gran mecenas, también con sombrero amarillo y blanca camiseta y al periodista Maggiolo.

Otra bonita mujer, la hija de Fournaise, se apoya como su padre en la balustrada, sobre el fondo de vegetación que oculta el río, en el cual se adivinan, mas que se ven, los barcos de vela surcando la corriente, mientras que, en el lado opuesto, la actriz Jeanne Samary se tapa coqueta los oídos, fingiendo no escuchar los elogios de sus admiradores, un amigo de Renoir llamado Lestringuez (con bombín) muy interesado en el hipnotismo y las ciencias ocultas y Paul Lhote, divertido y famoso seductor.

El toldo, que los protege del sol, hace más íntima y luminosa la escena captada por los mágicos pinceles de Pierre Auguste Renoir, que en aquel momento tenía 40 años y empezaba a ser considerado como una de las figuras centrales del movimiento impresionista.

Justo al terminar este cuadro, el gran éxito obtenido en sus exposiciones le alejó irremediabilmente de este ambiente bohemio, de artistas, actrices y remeros que supo plasmar con tanto acierto y cariño.

Así pues este cuadro marcó, no sólo un hito en su carrera, sino en su propia vida, cerrando un período de juventud y alegre camaradería que ya no se repetiría. Es considerado por muchos como su obra maestra y fue adquirido en 1923 por ciento veinticinco mil dólares por Duncan Phillips, a cuya colección, en Washington, pertenece.

Para Renoir fue como la foto del último verano, que seguramente contemplaría con nostalgia recordando a los viejos amigos y a los viejos tiempos cuando, en su vejez y pese a su artritis, seguía pintando en su incansable búsqueda de la belleza.

María Rosa Fernández